

Palabras y espacios: La Habana gay de finales del siglo XX.

Robledo Díaz, Luis^a

^a Universitat de València, Departamento de Sociología y Antropología Social. Avenida Tarongers, 4b 46021 Valencia. España., email: Luis.Robledo@uv.es

Palabras clave: Homosexualidad masculina, La Habana, Cuba, vida gay, usos del espacio.

Introducción

Nombrar las experiencias emanadas al conjugarse los cinco sentidos en la contemplación de un cuerpo – real o imaginario, vestido o desnudo, propio o extraño – puede precipitarnos hacia la revelación divina del verbo o – y es más probable que así sea – hacia una obstrucción neuronal frente a los límites circunstanciales de la lengua. Hablamos del rito y del hecho; de lo que fue holístico para algunos y ontológicamente rebelde para los que quisieron atarlo a definiciones filosóficas, médicas o jurídicas. *Aphrodisia* le llamaron los griegos; *venérea* los latinos. La modernidad quiso poetizar aquel nombre con el suyo y le llamó *sexualidad*. Sobre su raíz se han legitimado formas de dominación y proyectos de liberación; es regulación, rigidez y norma, y al mismo tiempo transgresión, desacato y desviación; es necesaria porque es génesis de la vida, pero peligrosa porque desencadena energías que agrietan los dispositivos del orden; su esencia es paradójica y se nos presenta como lo real, lo inmutable, lo preestablecido por lo divino o lo natural.

Recorrer la sexualidad en la historia o la historia de la sexualidad es bullir en la disputa en torno a cómo controlar su fuerza expansiva y a la legitimidad de su regulación/represión, y sus límites. De Krafft-Ebbing a Freud; de Freud a las revueltas de los años 60; de estas a la aparición del SIDA; y de aquí a la fecha, en la que se exagera la diversidad de las expresiones dentro de la sexualidad y se cuestionan los límites de lo normal/patológico dictado por la ciencia moderna, lo sexual se ha convertido en objeto de constante redefinición y reclasificación, en origen de patologías neuróticas y actos fallidos, explicación última de la cultura y verdad donde se legitiman y construyen identidades socio-políticas. La sexualidad hoy no sólo se vende y se consume, sino que vende y consume estrategias de supervivencia, felicidad y éxito personal.

Pero la arquitectura falocrática dominante sigue empecinada en acostumbrarnos a observar su maqueta como la cumbre del orden antropológico y hostiga cualquier acto que pudiera constituir una irreverencia a su razón. La homosexualidad y los homosexuales se han visto envueltos, a lo largo del tiempo, en esta maraña. Con un origen perdido – ya sea en la historia o en la ciencia – a esta forma de expresión de la sexualidad y a aquellos que la experimentan, se les ha hundido en un mar de intrigas y maquinaciones, y se les acosa para obligarles a simular la efectividad de los tratamientos a su “desorden conductual”. Como singular acólito: la hoguera, la cárcel o las terapias médicas.

Cuba no ha sido una excepción, como tampoco lo ha sido, en la última década del siglo XX, el turbulento devenir de los cambios sobre la homosexualidad como objeto de las miradas de los agentes sociales, y de los propios homosexuales en su vida cotidiana. Puestas en escena de obras de teatro con referencia abierta al tema homosexual;

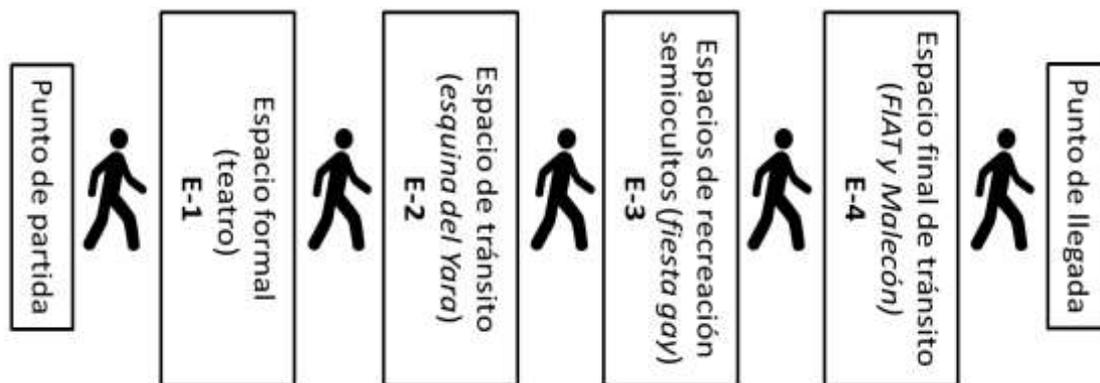


persecución de las muestras de cine en el festival de La Habana donde aparecían en pantalla imágenes de historias y relaciones homosexuales explícitas; exposiciones en galerías de arte con lenguajes metamorfoseadores de estas “víctimas condenatorias”; sutiles reflexiones televisivas y telenovelas atrevidas: un mundo inimaginable una década atrás. Pero quizás lo más violentamente asombroso fue la apertura y liberalización de los propios homosexuales cubanos. El peculiar desenfado con el cual, en esos años, se podía observar la expresividad de una determinación a asumir esta condición aún reprimida, favoreció la legitimación de espacios antes vedados para *lo homosexual*.

La ponencia que aquí presentamos recupera parte de una investigación desarrollada entre 1998 y 2000, presentada bajo el título *Homosexualidad – Familia: acoso y simetrías*. Con un carácter exploratorio, dicho apartado tuvo como objetivo describir aspectos relativos a la “vida gay” en La Habana. La unidad de observación lo constituyeron homosexuales varones de entre 15 y 30 años residentes en dicha ciudad. La técnica utilizada para la recolección de datos fue la observación participante encubierta con una guía semiestructurada.

Espacios

Los espacios descritos son aquellos en los cuales los homosexuales acostumbraban a invertir su tiempo fuera del estrictamente familiar o estudio/trabajo. Hablamos, por tanto, de tiempo libre o de ocio dirigido este hacia lo público, en actividades sociales nocturnas en las cuales se compartía con el grupo de iguales, fundamentalmente los viernes y sábados (Mapa 1):



Mapa 1. Espacios

Las acciones realizadas en cada uno las hemos extraído a partir de los verbos más utilizados en relación al uso del espacio mismo: *estar, pasar, buscar, hacer*.

E-1): El primer espacio emergía a partir de las 20:00 y hasta las 22:00. Este solía ser un teatro y el más típico, la función de ballet. Se reproducían aquí las relaciones de homocidad descritas por Marques (1992): los homosexuales se identificaban, se saludaban y formaban grupo al igual que los no-homosexuales. Ambos grupos compartían un mismo espacio, la movilidad al interior del mismo no se establecía a partir de reglas fijas y los vínculos afectivos existentes con anterioridad entre los que allí estaban eran determinantes en la conformación de estos pequeños grupos dentro del

gran grupo asistente al teatro. Por tanto, ser identificado como homosexual o no dependía más de los vínculos establecidos por el individuo con uno u otro grupo que por participar en el espacio mismo. Esta distinción se hacía más explícita en los intermedios, donde encuentros, saludos y conversaciones, o relaciones de sociabilidad, para el caso de los homosexuales, no se establecían por identificarse como “colega de trabajo o estudio ...”, o “*mi conocido del barrio ...*”, sino por “*mi igual ...*” por compartir, no una misma preferencia sexual, sino un mismo sistema de comunicación (códigos, signos, temas de conversación, expectativas, etc.) creadas sobre la base de una exclusión social por esta misma preferencia. Dado que el control social era aquí menos eludible, los homosexuales no manifestaban su condición de manera abierta.

E-2) La *esquina del Yara* (intersección de las calles L y 23) no sólo hace referencia a una dirección de la Ciudad, sino que despierta emociones opuestas – identificación / rechazo – por lo que representa en tanto punto de encuentro en La Habana. Cualquier día, a cualquier hora podían verse allí jóvenes homosexuales, pero los viernes y sábados entre las 22:00 y las 2:00 se concentraban y *pasaban* decenas y hasta centenares de gays. Era éste un lugar donde se iba no tanto para *estar*, pues el fin último no era *quedarse* sino más bien *pasar* y *buscar* (información, amigos, pareja ocasional, y/o turistas¹ etc.) para continuar la noche. Era este un lugar no siempre bien visto por otros con similar preferencia sexual y menos aún por el resto de la sociedad, al ser identificados los que allí asistían con atributos muy vinculados a grupos marginales (“escandalosos”, “superficiales”, eran adjetivos utilizados para hacer referencia a quienes acostumbran a *estar*). Ello era resultado, además, de un prejuicio histórico por ser esta zona el punto donde más se ha desafiado la “normalidad moral”, no sólo por los homosexuales sino también por otros grupos de jóvenes en situaciones de similar exclusión. Traspasar el umbral de *la esquina*, significaba comportarse y ser visto de manera muy particular. Si en **E-1** los sujetos eran identificados de una u otra manera por los grupos de afinidad, aquí era el espacio mismo quien le otorgaba características y cualidades específicas a partir de los *prejuicios* ya construidos socialmente con relación a las personas que allí compartían. El *ser visto en la esquina del Yara* implicaba que le fueran atribuidos al sujeto toda una serie de cualidades que en muchas ocasiones nada tenían que ver con el individuo mismo. La frase “¿tú aquí?!” reflejaba el asombro por ver a alguien que *aquí* ya no *es igual* por compartir una misma orientación sexual sino por compartir un espacio simbólicamente muy fijado como típico de un grupo específico de homosexuales. Por eso, algunos grupos dispersos se encontraban alejados de la esquina misma; uno de sus miembros iba y averiguaba *donde había fiesta*, regresaba y se iban.

Aunque en este espacio se concentraban mayoritariamente homosexuales (estos días y a estas horas), y existían, por tanto, mayores niveles de permisibilidad con relación al primero (**E-1**), al ser un lugar público y abierto aún se mantenían determinados niveles de discreción (represión) si lo comparamos con los espacios siguientes. A diferencia de **E-1** donde todos (gay y no-gay) iban con un mismo fin, aquí los primeros iban a *estar* o a *pasar*, pero los segundos *pasaban* fundamentalmente para dirigirse hacia otras zonas de recreo cercanas al lugar; de ahí que los grupos se distribuyeran de manera diferente, pero sobre todo de manera más definida.

¹ Para aquellos que ejercían la prostitución masculina y popularmente conocidos como pingueros (porte masculino con ropa ceñida al cuerpo)

Luego de las 00:00, cuando la mayoría había salido hacia algún otro lugar, transitaban algunas personas en *busca* de sexo ocasional - *hacer*. Un mazo de llaves en la mano puede indicar la tenencia de un coche o apartamento disponible.

E-3) La *fiesta gay* – inicialmente conocida como *fiesta de diez pesos* o *peirquitón* – eran casas particulares (generalmente) adaptadas de manera similar a una discoteca. Era este un espacio en el cual se podía *disfrutar* de un ambiente de música, baile, venta de bebidas y en algunas ocasiones algún “show artístico” por “transformistas”. Podían concurrir entre 100 y 500 personas – en algunos casos hasta 1.000 – a un espacio donde no existían barreras de ningún tipo para expresar libremente la condición de homosexual. Aquí confluían todo tipo de personas sin límite de profesiones ni niveles culturales o de ingresos; tampoco de edades o lugar de residencia. Mayoritariamente eran hombres, pero también había mujeres; mayoritariamente eran homosexuales, pero también los había no-homosexuales. A *la fiesta* se iba a bailar y a divertirse, a disfrutar con un grupo de amigos o con la pareja, a *fletear* o a *jinetear*,² a *pajarear* o a vivir una experiencia “furtiva” dentro de la ciudad. Era este un espacio de fuerte expresión erótica, ya sea por la forma de vestir más usual, la forma de bailar o por determinados comportamientos de filtro.

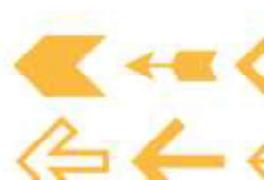
Eran lugares relativamente pequeños para la cantidad de personas que concentraban, donde *tocarse* no estaba prohibido y donde la masculinidad se manifestaba sobre todo en la expresión de dicho erotismo – y a la inversa, donde dicho erotismo se expresaba a través del reforzamiento de los símbolos corporales de la masculinidad. Los saludos eran con besos en las mejillas, y estar con las manos dadas o abrazados era una forma típica de expresión de afecto, aunque no existieran vínculos de pareja. *La fiesta* era uno de los lugares de sociabilidad más fuerte entre los gays, pues todos expandían su *yo sexual* (Lizárraga, 1984) sin temores, o al menos éste se reducía a su mínima expresión.

E-4) La zona de *la FIAT* estaba ubicada en la cafetería de igual nombre y al tramo de malecón justo frente a la misma. Este espacio tenía características y significados similares a **E-2**: se iba a *estar*, pero sobre todo a *pasar* y *buscar*. Si por el Yara se pasaba a *buscar* para *ir* a la fiesta; a la FIAT se iba a *buscar* lo que no se encontraba en ninguno de los espacios anteriores con el objetivo de no quedarse solo; aunque también se iba a seguir divirtiéndose. Este sentido de tránsito sólo corresponde al fin de semana. Era común encontrar a determinados grupos con costumbre de visitar el lugar todas las noches con el objetivo de *estar*, encontrarse con amigos o *jinetear* - *hacer*. Aquí no iban todos los homosexuales, ni todos lo veían con buenos ojos, aunque convergía todo tipo de persona, sin distinción alguna del lugar que el individuo pudiera ubicarse en la estructura social.

Los límites de este espacio estaban muy bien establecidos. A ambos lados del tramo del malecón la vida seguía tal cual (aquello que la sociedad consideraría como “natural” o “normal”). Al interior cambiaba absolutamente todo: los tipos de persona, como iban vestidos, qué hacían, qué conversaban, cómo se relacionaban unos con otros. Aquí los hombres podían besarse y se *pajareaba* sin temor a la burla o la represión.

Nada parecía perturbar el lugar. Sólo el amanecer venía a desvanecer estos límites.

² Forma en que el lenguaje popular identificó la prostitución en Cuba en los años 90.



Conclusiones

En La Habana de finales del siglo XX, los homosexuales desarrollaron una manera particular de compartir espacios públicos y otorgarles significados a cada uno de éstos atendiendo a las acciones y fines más comúnmente realizadas en los mismos. Los “puntos de encuentro” de los homosexuales varones en La Habana, en tanto grupo, eran primordialmente nocturnos: una esquina, una casa, un espacio del malecón: todos se convertían en “espacios gay” durante la noche. Cada uno de estos espacios podía ser omitido y transitar de uno a otro sin recorrer el inmediatamente anterior o posterior; o solo estar presente en unos de ellos. Pero el tránsito siempre era en el sentido indicado, nunca a la inversa, entre otras cosas, porque cada uno estaba ubicado y cobraba sentido consecutivamente en el tiempo, y éste rara vez era modificado.

Algunos eran comunes entre grupos de homosexuales y no homosexuales donde ser identificado dentro de los primeros o los segundos, dependía más de los vínculos establecidos por el individuo con uno u otro grupo que por participar en el propio espacio; en otros, el propio espacio era quien le otorgaba al individuo características y cualidades específicas a partir de los prejuicios ya construidos socialmente con relación a las personas que allí compartían. Ciertos espacios se configuraban bajo la noción de *estar*, otros bajo las de *pasar* y *buscar*, o *buscar* y *hacer*.

En algunos, los homosexuales no manifestaban su condición de manera abierta; en otros se amplificaban en su total expresión. Pero todos servían como guía sobre la cual se podía organizar parte de la vida cotidiana de un joven varón homosexual en La Habana. Espacios urbanos que configuraban la “vida gay” en la ciudad; no legitimados aún por la sociedad – aunque no totalmente desconocidos ni muchos menos indiferentes a los mecanismos de control social – pero que existían para él y para sus iguales, pues él (ellos) los creaban en sus prácticas cotidianas e iban configurando y dibujando parte de la geometría social que venía forzando el cambio del sistema del cual formaban parte.

A éstas estructuras estaba enlazados el gay en la Ciudad, como en un acoso.

Bibliografía

Lizárraga, X. (1984). La identidad sexo-genérica: un continuo. En Estudios de Antropología Biológica III Coloquio de Antropología Física Juan Comas, 1984 (pp. 383-403). Mexico: Universidad Nacional de Antropología e Historia, 1987.

Marques, J. (1992). Varón y Patriarcado. En Valdés, Teresa & José Olavarría (Eds.), Masculinidad/es (pp. 17-30). Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, No. 24, ISIS Internacional, 1997.

